

la suspendiere el Señor, muy enhorabuena, que, aunque no quiera, la hará dejar en lo que está; y tengo por muy cierto que no es estorbo esta manera de proceder, sinó gran ayuda para todo bien: lo que sería si mucho trabajase en el discutir, que dije al principio, y tengo para mí, que no podrá quien ha llegado á más. Ya puede ser que sí, que por muchos caminos lleva Dios las almas: mas no se condenen las que no pudieren ir por él, ni las juzguen inhabilitadas para gozar de tan grandes bienes, como están encerrados en los misterios de nuestro bien Jesucristo; ni nadie me hará entender, sea cuán espiritual quisiere, irá bien por aquí. Hay unos principios y áun medios, que tienen algunas almas, que como comienzan á llegar á oracion de quietud, y á gustar de los regalos y gustos que da el Señor, paréceles que es muy gran cosa estarse allí siempre gustando.

16. Pues créanme, y no se embeban tanto, como ya he dicho en otra parte, que es larga la vida, y hay en ella muchos trabajos, y hemos menester mirar á nuestro dechado Cristo, cómo los pasó, y áun á sus Apóstoles y santos, para llevarlos con perfeccion. Es muy buena compañía el buen Jesús, para no nos apartar de ella y su sacratísima Madre, y gusta mucho de que nos dolamos de sus penas, aunque dejemos nuestro contento y gusto algunas veces. Cuanto más, hijas, que no es tan ordinario el regalo en la oracion, que no hay tiempo para todo; y la que dijere que es en un sér, tendríalo yo por sospechoso, digo que nunca puede hacer lo que queda dicho; y así lo tendré, y procurad salir de ese engaño, y desembeberos con todas vuestras fuerzas, y si no bastaren, decirlo á la priora, para que os dé un oficio de tanto cuidado, que se quite ese peligro, que al ménos para el seso y cabeza es muy grande, si durase mucho tiempo. Creo queda dado á entender lo que conviene, por espirituales que sean, no huir tanto de cosas corpóreas, que les parezca aún hace daño la Humanidad sacratísima. Alegan lo que el Señor dijo á sus discípulos, que convenia que Él se fuese: yo no puedo sufrir esto.

17. A usadas que no lo dijo á su Madre sacratísima, porque estaba firme en la fe, que sabía que era Dios y hombre; y aunque le amaba más que ellos, era con tanta perfeccion, que

antes la ayudaba. No debian estar entónces los Apóstoles tan firmes en la fe, como despues estuvieron, y tenemos razon de estar nosotros ahora. Yo os digo, hijas, que le tengo por peligroso camino, y que podría el demonio venir á hacer perder la devocion con el Santísimo Sacramento.

18. El engaño que me pareció á mí que llevaba, no llegó á tanto como esto, sinó á no gustar de pensar en nuestro Señor Jesucristo tanto, sinó andarme en aquel embebecimiento, aguardando aquel regalo; y ví claramente, que iba mal; porque como no podía ser tenerle siempre, andaba el pensamiento de aquí para allí, y el alma me parece como un ave revolando, que no halla adónde parar, y perdiendo harto tiempo, y no aprovechando en las virtudes, ni medrando en la oracion.

19. Y no entendía la causa, ni la entendiera, á mi parecer, porque me parecía que era aquelllo muy acertado: hasta que, tratando la oracion que llevaba, con una persona sierva de Dios, me avisó. Despues vi claro cuán errada iba; y nunca me acababa de pesar de que haya habido ningun tiempo que yo careciese de entender, que se podía mal ganar con tan gran pérdida; y cuando pudiera, no quiero ningun bien, sinó adquirido por quien nos vienen todos los bienes. Sea para siempre alabado, amen.

CAPITULO VIII.

Trata de cómo se comunica Dios al alma por vision intelectual, y da algunos avisos: dice los efectos que hace cuando es verdadera: encarga el secreto de estas mercedes.

1. Para que más claro veais, hermanas, que es así lo que os he dicho, y que miéntras más adelante va un alma, más acompañada es de este buen Jesús, será bien que tratemos de como cuando su Majestad quiere, no podemos, sinó andar siempre con Él; como se ve claro por las maneras y modos con que su Majestad se nos comunica, y nos muestra el amor que nos tiene, con algunos aparecimientos y visiones tan admirables; que (por si alguna merced de éstas os hiciere no andeis espantadas) quiero decir, si el Señor fuere servido que acierte en suma alguna cosa de estas, para que le alabemos

mucho, aunque no nos las haga á nosotras, de que se quiere así comunicar con una criatura, siendo de tanta majestad y poder.

2. Acaece estando el alma descuidada de que se le ha de hacer esta merced, ni haber jamás pensado merecerla, que siente cabe sí á Jesucristo nuestro Señor, aunque no le ve, ni con los ojos del cuerpo, ni del alma. Esta llaman vision intelectual, no sé yo por qué. Ví á esta persona que le hizo Dios esta merced, con otras que diré adelante, fatigada en los principios harto; porque no podía entender qué cosa era, pues no la veía; y entendía tan cierto ser Jesucristo nuestro Señor el que se le mostraba de aquella suerte, que no lo podía dudar, digo que estaba allí aquella vision, que si era de Dios, ó no, aunque traiga consigo grandes efectos para entender que lo era, todavía andaba con miedo, y ella jamás había oido vision intelectual, ni pensó que la había de tal suerte; mas entendía muy claro, que era este Señor el que la hablaba muchas veces, de la manera que queda dicho, porque, hasta que le hizo esta merced que digo, nunca sabía quién la hablaba, aunque entendía las palabras.

3. Sé que estando temerosa de esta vision (porque no es como las imaginarias, que pasan de presto, sinó que dura muchos días, y aún más que un año alguna vez) se fué á su confesor harto fatigada; él la dijo,—«que, si no veía nada ¿cómo sabía que era nuestro Señor? que le dijese qué rostro tenía. Ella le dijo, que no sabía, ni veía rostro, ni podía decir más de lo dicho; que lo que sabía era, que era Él el que la hablaba, y que no era antojo. Y aunque le ponían hartos temores todavía, muchas veces no podía dudar, en especial cuando la decía: *No hayas miedo, que yo soy* (1).

4. Tenían tanta fuerza estas palabras, que no lo podía dudar por entónces, y quedaba muy esforzada, y alegre con tan buena compañía, que veía claro serle gran ayuda para andar con una ordinaria memoria de Dios, y un miramiento grande de no hacer cosa que le desagradase, porque le parecía la estaba siempre mirando; y cada vez que quería tratar con su Majestad en oracion, y áun sin ella, le parecía estar tan cer-

(1) Era la misma Santa Teresa. — Véase el capítulo xxv de su *Vida*.

ca, que no la podía dejar de oír: aunque el entender las palabras no era cuando ella quería, sinó á deshora, cuando era menester. Sentía que andaba al lado derecho, más no con estos sentidos que podemos sentir, que está cabe nosotros una persona; porque es por otra vía más delicada, que no se debe de saber decir: mas es tan cierto, y con tanta certidumbre, y aún mucho más; porque acá ya se podría antojar, mas en esto no, que viene con grandes ganancias, y efectos interiores, que ni los podría haber, si fuese melancolía, ni tampoco el demonio haría tanto bien ni andaría el alma con tanta paz, y con tan continuos deseos de contentar á Dios, y con tanto desprecio de todo lo que no la llega á Él: y despues entendió claro no ser demonio, porque se iba más y más dando á entender.

5. Con todo sé yo, que á ratos andaba harto temerosa: otros con grandísima confusion, que no sabía por dónde le había venido tanto bien. Eramos tan una cosa ella y yo, que no pasaba cosa por su alma, que yo estuviese ignorante de ella, y así puedo ser buen testigo, y me podeis creer ser verdad todo lo que en esto dijere. Es merced del Señor, que trae grandísima confusion consigo, y humildad. Cuando fuese del demonio, todo sería al contrario: y como es cosa que notablemente se entiende ser dada de Dios (que no bastaría industria humana para poderse así sentir), en ninguna manera puede pensar quien lo tiene, que es bien suyo, sinó dado de la mano de Dios.

6. Y aunque, á mi parecer, es mayor merced algunas de las que quedan dichas, ésta trae consigo un particular conocimiento de Dios, y de esta compañía tan continua nace un amor ternísimo con su Majestad, y unos deseos, aún mayores que los que quedan dichos, de entregarse toda á su servicio, y una limpieza de conciencia grande; porque hace advertir á todo la presencia que trae cabe sí. Porque aunque ya sabemos, que lo está Dios á todo lo que hacemos, es nuestro natural tal, que se descuida en pensarlo, lo que no se puede descuidar acá, que la despierta el Señor que está cabe ella. Y áun para las mercedes que quedan dichas, como anda el alma casi continuo con un actual amor al que ve, ó entiende estar cabe sí, son muy ordinarias. En fin, en la ganancia del alma

se ve ser grandísima merced, y muy mucho de preciar, y agradece al Señor, que se la dan tan sin poderle merecer, y por ningun tesoro ni deleite de la tierra la trocaría.

7. Y así cuando el Señor es servido que se le quite, queda con mucha soledad, mas todas las diligencias posibles que pudiese, para tornar á tener aquella compañía, aprovechan poco, que lo da el Señor cuando quiere, y no se puede adquirir. Algunas veces tambien es de algun santo, y es tambien de gran provecho. Direis, que si no se ve, que ¿cómo se entiende que es Cristo, ó cuándo es santo, ó su Madre gloriosísima? Eso no sabrá el alma decir, ni puede entender cómo lo entiende, sinó que lo sabe con una grandísima certidumbre. Aún ya el Señor, cuando habla, más fácil parece le pone el Señor allí por ayuda de aquel alma y por compañía; es más de maravillar.

8. Así son otras cosas espirituales, que no se sabe decir; mas entiéndese por ellas cuán bajo es nuestro natural, para entender las grandes grandezas de Dios, pues aún estas no somos capaces, sinó que con admiracion y alabanzas á su Majestad, pase quien se las diere: y así le haga particulares gracias por ellas, que pues no es merced que se hace á todos, háse mucho de estimar, y procurar hacer mayores servicios, pues por tantas maneras le ayuda Dios á ello. De aquí viene no se tener por eso en más, y parecerle que es la que ménos sirve á Dios de cuantos hay en la tierra; porque le parece está más obligada á ello que ninguno, y cualquier falta que hace la atraviesa las entrañas, y con muy grande razon.

9. Estos efectos con que anda el alma, que quedan dichos, podrá advertir cualquiera de vosotras á quien el Señor llevare por este camino, para entender que no es engaño, ni tampoco antojo, porque, como he dicho, no tengo que es posible dudar tanto siendo demonio, haciendo tan notable provecho al alma, y trayéndola con tanta paz interior, que no es de su costumbre, ni puede, aunque quiere, cosa tan mala hacer tanto bien, que luégo habría unos humos de propia estimacion, y pensar era mejor que los otros. Mas este andar siempre el alma tan asida de Dios, y ocupado su pensamiento en Él, haríale tanta rabia, que aunque lo intentase, no tornase muchas veces; y es Dios tan fiel, que no permitirá darle tanta mano

con alma que no pretende otra cosa sinó agradar á su Majestad, y poner su vida por su honra y gloria, sinó que luégo ordenará como sea desengañada.

10. Mi tema es y será, que como el alma ande de la manera que aquí se ha dicho la dejan estas mercedes de Dios, que su Majestad la sacará con ganancia, si permite alguna vez se le atreva el demonio, y que él quedará corrido. Por eso, hijas, si alguna fuere por este camino, como he dicho, no andeis asombradas: bien es que hay temor, y andemos con más aviso, ni tampoco confiadas, que por ser tan favorecidas, os podeis más descuidar, que esto será señal de no ser de Dios, si no os viéreis con los efectos, que queda dicho. Es bien que á los principios lo comuniquéis debajo de confesion con un muy buen letrado, que son los que nos han de dar la luz, ó si hubiere alguna persona muy espiritual, y si no lo es, mejor es muy letrado: si le hubiere, con el uno y con el otro. Y si os dijere que es antojo, no se os dé nada, que el antojo poco mal ni bien puede hacer á vuestra alma: encomendáos á la divina Majestad, que no consienta seais engañada.

11. Si os dijeren es demonio, será más trabajo, aunque no dirá si es buen letrado, y hay los efectos dichos; mas cuando lo diga, yo sé que el mismo Señor, que anda con vos, os consolará y asegurará, y á él le irá dando luz, para que os la dé. Si es persona que aunque tiene oracion, no la ha llevado el Señor por ese camino, luégo se espantará, y lo condenará, y por eso os aconsejo que sea muy letrado; y si se hallare tambien espiritual: y la priora dé licencia para ello: porque aunque vaya segura el alma por ver su buena vida, estará obligada la priora á que se comunique, para que anden con seguridad entrambas. Y tratado con estas personas, quiétese, y no ande dando más parte de ello, que algunas veces, sin haber de qué temer, pone el demonio unos temores tan demasados, que fuerzan al alma á no se contentar de una vez; en especial si el confesor es de poca experiencia, y le ve medroso, y él mismo la hace andar comunicando.

12. Viénese á publicar lo que habia de razon estar muy secreto, y á ser esta alma perseguida y atormentada; porque cuando piensa que está secreto, lo ve público, y de aquí suceden muchas cosas trabajosas para ella, y podrian suceder

para la Orden, segun andan estos tiempos. Así, que es menester grande aviso en esto, y á las prioras lo encomiendo mucho; y que no piense que por tener una hermana cosas semejantes, es mejor que las otras. Lleva el Señor á cada una, como ve que es menester. Aparejo es para venir á ser muy sierva de Dios, si se ayuda, mas á veces lleva Dios por este camino á las más flacas; y así no hay en esto por qué aprobar ni condenar, sinó mirar á las virtudes, y á quien con más mortificacion y humildad y limpieza de conciencia sirviere á nuestro Señor, que esa será la más santa; aunque la certidumbre poco se puede saber acá, hasta que el verdadero Juez dé á cada uno lo que merece. Allá nos espantaremos de ver cuán diferente es su juicio, de lo que acá podemos entender. Sea para siempre alabado, amen.

CAPITULO IX.

Trata de cómo se comunica el Señor al alma por vision imaginaria, y avisa mucho se guarden desear ir por este camino. Da para ello razones: es de mucho provecho.

1. Ahora vengamos á las visiones imaginarias, que dicen que son adonde puede meterse el demonio, más que en las dichas; y así debe de ser. Mas, cuando son de nuestro Señor, en alguna manera me parecen más provechosas, porque son más conformes á nuestro natural; salvo de las que el Señor da á entender en la postrera Morada, que á estas no llegan ningunas. Pues miremos ahora, como os he dicho en el capítulo pasado, que está este Señor, que es como si en una pieza de oro tuviésemos una piedra preciosa de grandísimo valor y virtudes, sabemos certísimo que está allí, aunque nunca la hemos visto; mas las virtudes de la piedra no nos dejan de aprovechar, si la traemos con nosotras: aunque nunca la hemos visto, no por eso la dejamos de preciar; porque por experiencia hemos visto, que nos ha sanado de algunas enfermedades, para que es apropiada.

2. Mas no la osamos mirar, ni abrir el relicario, ni podemos; porque la manera de abrirle sola la sabe cuya es la joya, y aunque nos la prestó para que nos aprovechásemos de ella,

Él se quedó con la llave, y como cosa suya, y abrirá cuando nos la quisiere mostrar, y aún la tomará cuando le parezca, como lo hace. Pues digamos ahora, que quiere alguna vez abrirla de presto, por hacer bien á quien la ha prestado: claro está, que le será despues muy mayor contento, cuando se acuerde del admirable resplandor de la piedra, y así quedará más esculpida en su memoria. Pues así acaece acá, cuando nuestro Señor es servido de regalar más á esta alma: muéstrole claramente su sacratísima Humanidad de la manera que quiere, ó cómo andaba en el mundo, ó despues de resucitado; y aunque es con tanta presteza, que lo podríamos comparar á la de un relámpago, queda tan esculpido en la imaginacion esta imágen gloriosísima, que tengo por imposible quitarse de ella, hasta que la vea adonde para sin fin la pueda gozar. Aunque digo imágen, entiéndese que no es pintada, al parecer de quien la ve, sinó verdaderamente viva, y algunas veces está hablando con el alma, y aún mostrándole grandes secretos.

3. Mas habeis de entender, que aunque en esto se detenga algun espacio, no se puede estar mirando, más que estar mirando al sol, y así esta vista siempre pasa muy de presto; y no porque su resplandor da pena, como el del sol, á la vista interior, que es la que ve todo esto, que cuando es con la vista exterior, no sabré decir de ello ninguna cosa: porque esta persona que he dicho, de quien tan particularmente yo puedo hablar, no habia pasado por ello; y de lo que no hay experiencia, mal se puede dar razon cierta, porque su resplandor es como una luz infusa, y de un sol cubierto de una cosa tan delgada como un diamante, si se pudiera labrar. Como una Holanda, parece la vestidura, y cási todas las veces que Dios hace esta merced á el alma, se queda en arrobamiento, que no puede su bajeza sufrir tan espantosa vista. Digo espantosa, porque con ser la más hermosa y de mayor deleite, que podría una persona imaginar, aunque viviese mil años, y trabajase en pensarlo, porque va muy adelante de cuanto cabe en nuestra imaginacion, ni entendimiento, es su presencia de tan grandísima majestad, que hace gran espanto al alma.

4. A usadas que no es menester aquí preguntar, como